

III SEMINARIO SOBRE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

Tuvo lugar durante la última semana de setiembre del pasado año la III edición del Seminario sobre Historia de la Filosofía Española que organizan conjuntamente el I.C.E. y el Departamento de Historia de la Filosofía de la Universidad de Salamanca.

El patrocinio fiel de estas instituciones y la coordinación eficaz del profesor Antonio Heredia han logrado consolidar un grupo de trabajo estable y libre de algunos defectos que suelen acosar y derribar las buenas iniciativas. En este sentido la primacía de lo institucional frente a los personalismos al uso se reafirma como el cauce de trabajo adecuado porque, cuando se realiza de manera flexible, permite ir incorporando, de manera continuada y sin servilismos, a las sucesivas hornadas de historiadores y filósofos. Ello, sin duda, revierte en beneficio del propio quehacer intelectual.

Cuando ha terminado la tercera edición se hace necesario un balance de la estructura organizativa que sustenta los trabajos y consecución de los distintos objetivos que el Seminario se marcó desde sus inicios. Seguramente buena parte del éxito alcanzado se debe justamente al carácter grupal donde los personalismos no superan el propio ámbito de la autoridad intelectual. Los típicos problemas de crecimiento podrán ser correctamente corregidos. Si se mantiene el espíritu fundacional, es decir, siempre que haya un compromiso de trabajo estable durante las jornadas de todo el seminario por parte de ponentes y participantes; dicho de otra manera, siempre que se sepa distinguir entre la celebración de un Seminario y una semana de conferencias o conferenciantes. Si cabe, estos aspectos son ahora más importantes que en la primera sesión donde la ilusión se bastaba como suficiente elemento de cohesión.

Por otra parte, la progresiva y justa solución de las cuestiones administrativas que afectan a las cátedras de Historia de la Filosofía Española contribuirá a crear un clima propicio para la continuidad de este grupo salmantino.

Por último, la publicación de las Actas, realizada con el esfuerzo del I.C.E. y el propio Departamento de Historia de la Filosofía contribuye poderosamente a la consecución de los objetivos propuestos por el Seminario desde su primera edición:

1. Examinar los aspectos conceptuales, didácticos y metodológicos de la Historia de la filosofía Española.

2. Estudiar la vida filosófica de España en sus más diversas manifestaciones.

3. Dialogar con grupos de investigadores de dentro y fuera de España consagrados al estudio de nuestra filosofía, para intercambiar conocimientos y fomentar las relaciones mutuas.

4. Abrir cauces de comunicación y colaboración entre profesores de filosofía de Institutos y Universidades.

En lo concerniente al contenido específico del Seminario, esta tercera edición ha tenido una programación excesivamente densa, abarcando demasiadas áreas. Esto ha provocado una excesiva variedad temática y cierta dispersión como se ha visto en la dificultad existente para establecer las conclusiones con un cierto grado de concreción. Por el contrario, y a pesar de algunas ausencias, el Seminario ha contado con ponentes de Universidades que no habían intervenido anteriormente y asimismo se ha ampliado el nivel de participación extranjera.

Estas han sido las secciones en que se ha dividido el Seminario:

a) Investigación sobre un tema monográfico: Política y Filosofía en España.

b) Vida filosófica: Internacional, Instituciones y Disciplinas.

c) Didáctica y Metodología.

d) Conmemoraciones. El bloque principal ha estado dedicado a Ortega y Gasset; asimismo ha habido un apartado para Eugenio D'Ors.

e) «Varia»: temas de Filosofía Española.

Dentro de la primera sección abrió el Seminario Cirilo Flórez con una ponencia sobre el tema *Saber y Poder*. Con un buen tono didáctico y de reflexión teórica el profesor Flórez habló sobre el tipo de mediación ejercido por la filosofía entre técnica, ciencia y vida cotidiana y las coordenadas en que debe situarse para lograr su mayor eficacia.

El profesor Rivera de Ventosa presentó una ponencia sobre *Política y Filosofía en la Ilustración española* donde expuso su punto de vista sobre cómo en el pensamiento hispánico se cruzaron las ideas de la Ilustración con las populistas de Suárez y las que defendían el absolutismo en la unión del altar y el trono.

Carlos Díaz efectivamente dio su visión personal sobre Política y Filosofía en España. Su discurso ambivalente se basa en un buen conocimiento de la filosofía tanto como en su «peripecia» personal rica en experiencias. La posición controvertida que ocupa, ideológica y personalmente, acentúa esa ambivalencia que en todo caso es muy sugerente.

Nicolás Martín Sosa hizo un análisis de la moral cívica y los valores que conlleva, durante la transición democrática en España. Se basó para ello en una serie de artículos aparecidos en «El País» durante este periodo. La frescura de lo inmediato no oculta por completo las dificultades que presenta la utilización del método empleado en este análisis.

Sobre *Ciencia y Política en el krausismo español* habló Antonio Heredia quien después de definir el tema como universal consideró la teoría

krausista como capaz de esclarecer aspectos importantes de la cuestión planteada. Su exposición se detuvo en la consideración del papel conferido a la Ciencia como «maestra y directora» de la vida frente a la Política cuyo valor es «relativo y condicional». Hay en el krausismo, pues, primacía de la teoría sobre la experiencia que no olvida la función social de la ciencia siempre que esta tenga valor autónomo.

La sección segunda estuvo dedicada al estudio de dos instituciones españolas de Filosofía y la presentación de una tercera.

Sobre la Sociedad Catalana de Filosofía habló Laureano Robles quien señaló la importancia de la Sociedad en orden a promocionar los estudios filosóficos y la investigación histórica. El profesor Robles aportó una abundante información bibliográfica como podrá comprobarse en las Actas del Seminario.

El profesor Pintor Ramos, participante activo del Seminario sobre Zubiri, se esforzó en mostrar las líneas de investigación que sigue este grupo y el rigor con que trabaja. Con ello intentó dejar claro que huyen de un culto simple a la personalidad, riesgo siempre presente ante la fuerza y atractivo del pensamiento de Zubiri que en los últimos años se ha mostrado especialmente fructífero.

Por último, el profesor Arias Muñoz presentó por primera vez el «Centro de Investigaciones Fenomenológicas» cuyos objetivos inmediatos se centran en crear un banco de datos y documentación en relación con el pensamiento fenomenológico.

El Seminario salmantino ha intentado desde sus inicios conocer la situación didáctica de la filosofía como asignatura. Este hecho es especialmente cercano a quienes tienen por ocupación la enseñanza de la filosofía a alumnos que, en principio, no van a ser filósofos «profesionales». Ciertamente es este un acierto porque ayuda a romper el dualismo investigación-transmisión docente y consigue interesar en el Seminario a profesores de los distintos niveles de enseñanza.

Francisco Rodrigo Mata ofreció los que, desde su perspectiva, deben ser los paradigmas didácticos para la enseñanza de la Ética en el bachillerato basados en el criterio de racionalidad; el fin de esta justificación racional «será lograr una sociedad cuyos miembros adopten una actitud ética ante la vida».

El catedrático de Granada, Gilberto Gutiérrez, ofreció un análisis de once libros de texto de Ética elaborados para el bachillerato. Se centró más en las cuestiones teóricas, así p. ej., la fundamentación de las normas morales, la objetividad y universalidad de los valores morales..., que en las metodológicas y diácticas. Sin embargo, no pudo evitar algún sesgo en la selección de frases textuales que escogió de los libros analizados.

Rafael Jerez Mir, desde una perspectiva más general, señaló las etapas seguidas por la Filosofía y enumeró las principales dificultades con que cuenta la enseñanza de esta asignatura en la enseñanza media: polémica sobre los objetivos, pobreza metodológica y rendimientos discretos, desconexión y complejidad excesiva de los programas, ineficacia y descrédito inicial de las nuevas enseñanzas éticas y políticas. Concluyó su expo-

sición señalando algunas perspectivas que no son exclusivamente académicas sino sociales.

José Luis Mora analizó la situación de la Filosofía en las Escuelas Universitarias del Magisterio ofreciendo una visión histórica de la asignatura desde el Plan 50 hasta la actualidad y ofreció una doble vía para la consolidación de esta disciplina en el «curriculum» de la formación de maestros: la necesidad de ofrecer una fundamentación epistemológica y antropológica de la educación.

La sección conmemorativa estuvo dedicada principalmente a Ortega y Gasset en una doble dimensión: su presencia internacional y diversos aspectos del pensamiento orteguiano.

Dentro del primer apartado se analizó la presencia de Ortega en Francia, la Unión Soviética, Estados Unidos y México; por el orden expuesto disertaron Alain Guy, Zdenek Kourim, Nelson Orringer y José Luis Gómez Martínez.

Todos ellos pusieron de manifiesto el distinto grado de influencia e introducción del pensamiento orteguiano en estos países, así como el ritmo seguido en esa penetración. Desde la permeabilidad mexicana y el hispanismo norteamericano hasta la lentitud en los países francófonos pasando por la crítica y las reticencias soviéticas todos pusieron de manifiesto la fuerza y frescura de la obra de Ortega. Fue el profesor Kourim quien señaló la perdurabilidad de la metodología orteguiana como arma peligrosa frente a los dogmatismos: la duda gracias a la cual el hombre se pone a pensar por su cuenta.

En el segundo apartado presentaron ponencias los profesores Jesús María Vázquez, Joaquín García Carrasco, Vicente Muñoz, Mariano Alvarez, Ramiro Flórez y José Luis Molinuevo. Los temas expuestos fueron: *La Sociología en Ortega*, *El pensamiento pedagógico de Ortega*, *Ortega y Gasset y la lógica formal*, *Ortega y el problema de la verdad*, *El hegelianismo de Ortega y Ortega versus Heidegger*.

El mero enunciado de estos títulos pone de manifiesto la riqueza y la capacidad de información del pensamiento orteguiano sobre múltiples campos del conocimiento y la realidad sociocultural; y así lo probaron las distintas ponencias. El diálogo que siguió a alguna de ellas mostró la modernidad del pensamiento y el método de Ortega frente a filósofos como el propio Heidegger.

Completaron esta sección dos ponencias dedicadas a la figura de Eugenio D'Ors. El profesor Roura Roca habló sobre *La etapa barcelonesa* de Eugenio D'Ors centrada en la tarea filosófica realizada el año 1908 que dió lugar a dos extensas *Memorias* aún inéditas. Corresponden «a la concesión por parte de la Diputación de Barcelona de una ayuda para desplazarse a París con el objetivo de enterarse de los métodos pedagógicos universitarios a fin de poder implantarlos en Barcelona».

Por su parte Luis Jiménez Moreno expuso su ponencia sobre *El saber estético-lúdico de Eugenio D'Ors*. Presentó al filósofo catalán «como un ilustrado que lucha por la clarificación, atento a los acontecimientos culturales y sociales, así como a las corrientes filosóficas pero con una

preocupación muy definida por el surgimiento de la dimensión sapiencial del hombre integral, como «homo sapiens» contando con la diversificación de «homo faber» y «homo ludens», manteniendo una manifiesta columna vertebral de todo su pensamiento».

En la sección de «Varia» disertaron André Gallego sobre el *Plan de estudios de Pedro Juan Muñoz*; Reine Guy sobre *Leyenda y tradición en José Ferrater Mora*; Marie Laffranque sobre *María Zambrano y la cuestión del estoicismo español*.

Gonzalo Díaz, investigador del C.S.I.C., presentó al Seminario su extensa documentación bibliográfica sobre *Hombres y documentos de la filosofía española*, producto de una larga investigación que se plasmará en un voluminoso diccionario.

Algunas de estas ponencias fueron de gran belleza como la presentada por Marie Laffranque; otras, en cambio, ofrecieron estudios muy documentados sobre el siglo XIX español en la línea de investigación que están realizando Antonio Jiménez y Teresa Rodríguez de Lecea.

El seminario concluyó con unas reflexiones críticas del coordinador Antonio Heredia sobre algunos aspectos del Seminario que mencioné al principio. Las intervenciones que siguieron estuvieron en la línea de defender la existencia del Seminario como medio adecuado para la investigación y la necesidad de corregir algunos defectos, sobre todo evitar un programa excesivamente recargado que impida la profundización en los temas por falta de tiempo en los coloquios. El dinamismo que tuvieron las dos primeras ediciones es la base sobre la cual el Seminario debe basar la estabilidad de un grupo de trabajo que debe continuar la línea de eficacia emprendida al servicio de la Filosofía Española.

JOSE LUIS MORA GARCIA

X. ZUBIRI. IN MEMORIAM

La reciente desaparición de Zubiri († 21.IX.83) convertirá el presente año en fecha clave para la filosofía española. Precisamente cuando se han desarrollado y se siguen desarrollando gran cantidad de actos de todo tipo en conmemoración del centenario del nacimiento de Ortega y Gasset, también Zubiri nos abandonó y «casualmente» su último trabajo publicado en vida es una colaboración breve para el número con que el que la *Revista de Occidente* festejaba el centenario del nacimiento de su fundador; los amigos de efemérides históricas tienen bien aseguradas en el futuro las ceremonias al coincidir en el mismo año dos fechas transcendentales en los dos nombres más importantes de la filosofía española del presente siglo, tan relacionados y tan distintos entre sí. Pero con Zubiri no ha desaparecido sólo uno de los máximos valores de la filosofía española de todos los tiempos, sino probablemente el último representante de toda una generación de la filosofía europea. Unos pocos hemos perdido también a nuestro indiscutible *maestro* intelectual y ello hace que estas apresuradas líneas tengan un inevitable matiz autobiográfico que, por una sola vez, no quiero reprimir.

Las agitadas circunstancias de nuestra historia reciente marcaron de modo profundo su figura pública hasta convertirla en todo un símbolo, inusitado en nuestra historia, de un modo de realizar su dedicación a la filosofía. Ese modo gustará a unos y disgustará a otros, pero no es fácilmente repetible y quien conozca medianamente los hechos no puede por menos de respetar, si es que no admirar, la rotunda coherencia con la que siempre mantuvo su opción vital e intelectual. Esto se hizo en circunstancias a veces extremas y le obligó a decisiones drásticas, pero Zubiri nunca quiso hacer ruido para el foro ni prestarse a ninguna causa partidista; parece como si las circunstancias en que se desarrollaron sus últimos momentos fuesen otra vez el intento de no hacer ruido y no causar molestias ni siquiera a sus amigos. Ahora nos queda su obra, no muy voluminosa, pero de una densidad y un alcance aún no explorados a fondo. La muerte le ha sobrevenido en medio de una de sus aspiraciones intelectuales más largamente acariciadas, cuando con una lucidez y entusiasmo casi juveniles estaba preparando su obra *El hombre y Dios*, que queda así incompleta. Pero la obra publicada tiene la suficiente importancia como para justificar con creces una vida larga dedicada sólo al servicio de la verdad.

José Javier Zubiri Apalategui había nacido en San Sebastián en los últimos días de 1898, una fecha cuyo significado en la historia de España no necesita comentario. Alejado siempre del ágora política y de todo tipo de proclamas partidistas, con una formación intelectual absolutamente cosmopolita, siempre se glorió de sus orígenes vascos y conocía

a fondo los recovecos del euskera, su lengua materna. Extraordinariamente dotado desde el punto de vista intelectual, realizó el Bachillerato en San Sebastián y luego siguió la carrera eclesiástica, aunque más tarde pediría y conseguiría la reducción al estado laical. Amplió estudios teológicos en la Universidad Gregoriana de Roma en la que recibirá el título de doctor en Teología cuando sólo contaba 21 años. También siguió estudios de Filosofía en la entonces llamada Universidad Central de Madrid a la que ya daban brillo los filósofos Ortega y García Morente; estos estudios serían ampliados de nuevo en el Instituto Superior de Filosofía de la Universidad de Lovaina y allí presentó una memoria de licenciatura, que aún se conserva dactilografiada, bajo la dirección de L. Noël. En mayo de 1921, siendo ponente Ortega y Gasset, presentaba en la Universidad Central de Madrid una tesis doctoral en filosofía que, publicada dos años después, no sólo obtuvo los máximos honores académicos, sino que sigue siendo hoy una obra de interés.

Casi inmediatamente comienza su fulgurante carrera académica. En 1926 ganó por oposición la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad Central y rápidamente se convertirá en una de las figuras claves de aquel irrepetible grupo de profesores que convertirá la facultad de filosofía en una de las más importante de Europa. Dos personas marcaron de modo decisivo esta etapa juvenil del filósofo: en primer lugar, J. Zaragüeta al que le unía una amistad familiar anterior a su dedicación a la filosofía y cuya amplitud de mente y hombría de bien Zubiri admiró mucho más allá de sus respectivos talentos filosóficos; en segundo lugar, el magisterio de Ortega y Gasset, sobre cuyo sentido y alcance me pronuncio dentro de este mismo número de la revista.

El año 1928 comienza una interrupción en su docencia para una nueva ampliación de estudios al más alto nivel. La singular pléyade de maestros que entonces existían en Centroeuropea le ofrecieron una situación excepcional que supo aprovechar al máximo. Friburgo de Brisgovia fué el centro de su residencia con estancias importantes en Berlín y Viena. En Friburgo alcanzó aún a oír a Husserl, ya anciano maestro a punto de jubilarse, que acogió con calor a su joven colega. Siguió con atención a Heidegger, del que recibió uno de los estímulos decisivos de su vida y con el que siempre mantuvo diferencias filosóficas. Pero se encontró también en la afortunadísima coyuntura de seguir estudios de física teórica con Schrödinger, de matemáticas con Zermelo o de filología griega con Jaeger. De todo ello recibió dos sugerencias decisivas: en primer lugar, la nueva ciencia apuntaba a un concepto de naturaleza que tornaba obsoletos algunos planteamientos filosóficos que aún se seguían defendiendo; por otra parte, el programa heideggeriano fué un acicate para intentar una reforma radical del concepto mismo de filosofía.

De regreso a Madrid en 1931 Zubiri reanudó sus tareas docentes, inició la publicación de una serie de trabajos importantes que eran avances de un programa más ambicioso y colaboró en multitud de empresas intelectuales. Como docente, según los testimonios que existen de esta época, aparece ya el rasgo que luego se convertirá en el más característico de los suyos: el rigor sin concesiones es el criterio básico

de su discurso, lo cual nunca dejó de crear dificultades a sus alumnos, oyentes y lectores pues Zubiri se distanciaba conscientemente del lenguaje ligero y ensayístico entonces a la moda. Como escritor, aparecía ya un estilo denso y trabajado poco habitual en la filosofía española y aparecía claro que a Zubiri sólo le interesaba la filosofía por ella misma. La temática de esos trabajos, hoy no conocidos en su integridad por la mayoría de los lectores, es mucho más unitaria de lo que se suele suponer.

Pero este período tan prometedor y fecundo se cerró pronto y comenzará un largo calvario con dificultades de todo tipo en las que germinarán las opciones decisivas de su vida. Aunque Zubiri tenía sus simpatías personales, al estallar la guerra civil se niega a pronunciarse a favor de cualquiera de los bandos y abandona España; siempre le pareció demencia colectiva que las diferencias de opinión intentasen resolverse en una espantosa guerra fratricida y ni uno ni otro bando le perdonarán nunca del todo su neutralidad. En esos trágicos años reside en Roma y París donde, además de dictar algún curso, se dedica fundamentalmente al estudio de lenguas orientales con filólogos tan eminentes como Deimel, Dhorme o Benveniste.

Terminada la guerra, regresó a España y se encontró totalmente desplazado al observar la profunda transformación ideológica que se estaba operando en las instituciones hasta verse forzado a replantear toda su vida. La ramplonería intelectual y la falta de generosidad de algunos de los intelectuales vencedores le acosarán sin descanso; no parece que su reconocida valía intelectual en este momento de indignancia haya sido un argumento que se considerase y, después de una breve docencia en la Universidad de Barcelona, decide abandonar para siempre la universidad pública española convencido de que su dedicación a la verdad era incompatible con la docencia en aquella situación. De este modo Zubiri, uno de los pocos filósofos con prestigio que siempre rechazó la solución de un exilio más o menos voluntario, se convirtió en eso que se ha llamado un exiliado interior y nunca más volverá a figurar en ninguna institución pública; la universidad española perdió así para siempre el magisterio de uno de sus mejores intelectuales. Tan firme se mantuvo en esta decisión que sugerencias posteriores, por tentadoras que fuesen, no encontraban en él la menor acogida y ni siquiera, finalizado ya el franquismo, pidió la reintegración en el escalafón de catedráticos a la que tenía todos los derechos. Poco después reunió en un libro titulado *Naturaleza, Historia, Dios* algunos de sus trabajos del período 1931-42 en una reordenación editorial muy brillante; el libro, por supuesto, sigue siendo imprescindible, pero no representa su pensamiento maduro y más original, ni siquiera representa de modo completo esta etapa de la vida intelectual de Zubiri y, si finalmente sigue siendo el más leído de los de su autor, ello sólo demuestra la propensión del lector español de filosofía al estilo ensayístico, del cual el filósofo se iba alejando con celeridad.

A esta situación traumática, se añadió otra circunstancia que le hirió profundamente. Sus aceradas convicciones católicas comenzaron a ser

cuestionadas públicamente en ciertos círculos eclesiásticos españoles y se llegó casi a la acusación de herejía partiendo de una desastrosa lectura de su renovador artículo *En torno al problema de Dios*, publicado en 1935; para contribuir a agravar las cosas, ese estudio fué objeto de una traducción al francés que Zubiri llegará a calificar públicamente como «sencillamente monstruosa». El intento no prosperó, pero siempre me ha parecido que Zubiri llevó clavada esta espina toda su vida y precisamente la obra en que estaba trabajando era el acariciado proyecto de quitársela definitivamente. Ello explica que, manteniendo tenazmente la decisión de no colaborar en la universidad estatal española, acepte en 1973 dictar un curso en la facultad de Teología de la Universidad Gregoriana de Roma sobre *El hombre y Dios*, del que existe una versión taquigráfica bastante difundida que era el texto de base a partir del cual preparaba su última e inconclusa obra. Quizá en la misma línea hay que entender el doctorado *honoris causa* en Teología que le concedió la Universidad de Deusto en 1980; fué el único honor académico que aceptó y para ello incluso se adoptó una política de hechos consumados. Los teólogos españoles hasta ahora no parecen haber captado el fermento renovador que para la teología existe en el pensamiento de Zubiri.

Después de estos acontecimientos, Zubiri decidió consagrarse exclusivamente a sus investigaciones. Pero las dificultades de todo tipo aediaban y, en primer lugar, las económicas. Hace trabajos de traductor, su esposa Carmen Castro se dedica a colaboraciones escritas de lo más diverso y, apoyado por algunos amigos, inicia en 1945 una amplia nómina de cursos privados. A esos cursos asistirán importantes figuras, sobre todo científicos, que quedan deslumbrados y cautivados por el saber riguroso de Zubiri; la influencia renovadora de estos cursos en el pensamiento español no es seriamente cuestionada por nadie y de ellos resta un inmenso material inédito sobre cuyo futuro es ahora prematuro especular. Ese material diverso es el substrato y apoyo de su filosofía madura, cosa que muchos críticos parecen desconocer. Estos cursos tuvieron una vida errática hasta que el Banco Urquijo decidió patrocinarlos y otorgó al filósofo la seguridad económica que exigían sus mínimas necesidades; el motor de todo ello fué un dirigente de la entidad bancaria, el también desaparecido J. Lladó, que conocía a Zubiri desde que ambos eran niños. Esto le permitió no vivir ya tan agobiado por el próximo curso, acortar sensiblemente la duración de estos cursos y consagrarse a la redacción de sus obras definitivas.

Cuando en 1962 se publica *Sobre la esencia*, las reacciones dominantes aparecen marcadas por la sorpresa y la desorientación y para todos es patente que el Zubiri de dos décadas antes —el único conocido por el público— queda ya muy lejos. La obra no está en ninguna de las corrientes de moda, el estilo expositivo se ha concentrado hasta la dureza y un progresivo silencio comienza a caer sobre una obra cuyo alcance último parece enigmático. Poco a poco, Zubiri se ve progresivamente aislado, incomprendido e incluso abandonado por algunos de los que antes aparecían como fervorosos partidarios suyos.

A esta situación pondrá remedio en buena medida la constitución en 1972 dentro de la Sociedad de estudios y publicaciones del Banco Urquijo de un «Seminario X. Zubiri»; alma de la operación fueron sus discípulos López Quintás, I. Ellacuría y D. Gracia y en él predominará una nueva generación de universitarios españoles dispuestos a estudiar con rigor la obra del filósofo. Casi todos llegamos allí con una base parecida: un esforzado trabajo previo en torno a *Sobre la esencia* que nos había sumido en incertidumbres insolubles que queríamos aclarar y, al mismo tiempo, aprovechar la ocasión irrepetible del magisterio de Zubiri por si aportaba algo a nuestras dispares formaciones. Con ello se conseguiría también arroparle, romper su aislamiento y crearle un ambiente propicio para que desarrollase los puntos que estaban necesitados de ulteriores clarificaciones. El resultado fué muy superior a las esperanzas más optimistas; alguno se apeó de la empresa, pero se fué fraguando un grupo permanente que, a pesar de diferencias ideológicas en muchos puntos, trabajaba de firme y encontraba en Zubiri el maestro de su vida. Ese magisterio se convirtió para nosotros en pasión intelectual, el filósofo se fué sintiendo más animado y el buscado trabajo de esclarecimiento dará como resultado más saliente su gran trilogía sobre la inteligencia, al final la culminación de su obra filosófica. Al mismo tiempo, se fué abriendo paso un nuevo tipo de investigación en torno a su obra, aún con resultados fragmentarios, pero que probablemente irá dando sus frutos en años próximos.

Cuando ya en su ancianidad comenzaron a llegar algunos honores y muestras inequívocas de reconocimiento internacional a su obra, el filósofo los despachaba con ironía cáustica no porque mantuviese una actitud despectiva de superioridad, sino porque eso era marginal a la meta básica que se había propuesto en su vida. Cuando un año antes de su muerte se le concedió el premio Ramón y Cajal, de reciente institución, y sus amigos lo felicitábamos alborozados, él nos decía que lo esencial es que por primera vez en España se habían acordado de la filosofía reconociéndola como trabajo de investigación y eso le satisfacía profundamente; en cambio, le parecía un «detalle despreciable» que fuese su persona el objeto directo de tal reconocimiento. Hay una anécdota en el acto oficial de entrega del premio, presidido por los Reyes de España que, más allá de su carácter casual y jocosos, siempre me pareció sintomática de lo que fué la vida de Zubiri; en medio del protocolo, al que tan poco acostumbrado estaba, Zubiri retornó a su casa con el diploma acreditativo y, en cambio, extravió el talón bancario que le permitía cobrar su sustanciosa dotación económica; unas horas después un ujier hacía llegar a su casa el documento bancario que había encontrado tirado en el salón en que se celebró el acto.

Zubiri conservó hasta su última hora una asombrosa lucidez mental, no mermada por la gravísima operación que había sufrido pocos años antes. Apenas aparecían rasgos casi imperceptibles, sobre cuyo alcance nos interrogábamos preocupados, de que la edad iba haciendo su obra. El tenía perfectamente asumida la posibilidad de desaparecer físicamente en cualquier momento y así fué, precisamente en el momento más inesperado para todos.

Puede parecer, después de lo dicho, que su obra queda esencialmente inconclusa, a pesar de su notable longevidad. En un sentido es así, pero en ese sentido difícilmente se encontrará una sola vida intelectual de la que no se pueda decir lo mismo. En otro sentido, en cambio, tengo la total convicción de que el núcleo del pensamiento zubiriano queda totalmente concluido a plena satisfacción. *Sobre la esencia* y la trilogía en torno a la inteligencia despliegan totalmente ese núcleo teórico; es cierto que se podrían añadir muchas piezas complementarias de innegable interés, pero lo esencial está ahí. Su dilatada carrera aparece ahora con una coherencia granítica, que no es otra cosa que el resultado de una vida dedicada ininterrumpidamente durante más de 60 años a una problemática básica vislumbrada en su juventud. En 1933 publicó Zubiri un largo artículo, que entonces quedó inconcluso y nunca se ha vuelto a imprimir, con el título programático *Sobre el problema de la filosofía*; dos años después otro artículo programático, asimismo inconcluso, con el título *Filosofía y metafísica*; en ellos sospechaba que las filosofías recibidas eran insuficientes y había que encontrar el camino para penetrar en la dimensión radical de *realidad* de las cosas. Sus grandes obras maduras han mostrado positivamente y con meticulosidad la estructura de esa realidad y los caminos de su intelección; después de un largo camino de reflexión sostenida, se ha conseguido poner el punto final a aquel viejo programa que quedó inconcluso.

Queda aún otro aspecto que en esta ocasión no puedo silenciar. Sobre lo que fué Xavier como hombre existe una imagen pública de distancia y de hieratismo que los que lo hemos tratado a fondo no nos podemos explicar. Le conocí una calurosa tarde de julio de 1976 —¡Ay, demasiado tarde!— frente a la casa de las siete chimeneas, sede entonces de la Sociedad de estudios y publicaciones. Bajo de estatura, impecablemente vestido de gris oscuro —nunca en verano o invierno lo ví de otro modo— quedé literalmente fascinado por su mirada profunda y vivaz y por la actitud inmediatamente acogedora que con una ágil conversación distendida quebró como por arte de magia todas mis precauciones y distancias. Inmediatamente asistí a su último curso breve en un estado próximo a la alucinación intelectual y desde entonces lo seguí tratando con una frecuencia más o menos semanal; del mismo modo que no he tratado nunca una persona con tanto rigor en sus múltiples saberes, tampoco he conocido muchas tan sencillas y acogedoras. La multitud de recuerdos que a lo largo de estos siete años se me han ido grabando forman ya un precioso tesoro personal único e intransferible. Zubiri vivía entregado en cuerpo y alma a la filosofía, pero lo último que buscaba era resultar impertinente o doctrinario mediante la exhibición de sus ideas ante el interlocutor.

Cuando recibí la triste nueva de su muerte me encontraba preparando un estudio sobre su pensamiento. La sensación de aquel momento fué algo nuevo para mí. Una momentánea reacción estúpida de incredulidad dejó paso a un total desconcierto y súbitamente me pareció que aquel trabajo en que me afanaba perdía en un momento una de las claves que lo alimentaban y en la que nunca había pensado pues

seguirá siendo fundamentalmente el mismo, pero será ya otra cosa. ¿Qué sucedía? Como algunos otros, acababa de perder a mi *maestro* en filosofía y en un momento pasaba de tenerlo todo a no tener nada, se cerraba una etapa de mi vida y me embargaba por primera vez la sensación de total orfandad intelectual. El que no haya vivido una experiencia similar nunca podrá entender lo que esto significa y lo considerará sentimentalismo vacío, pero le falta algo insustituible.

La relación *maestro-discipulo* es la cima de la relación intelectual. El maestro no es el profesor que transmite determinados conocimientos y mucho menos aún el doctrinario que intenta generar epígonos que defiendan como apóstoles las propias convicciones que él impone, sino otra cosa cualitativamente distinta. El maestro no exige de su discípulo adhesión a las doctrinas propias, sino que sabe despertar la propia personalidad intelectual del discípulo hasta estimularle a buscar su propio camino. Siempre me ha parecido que Zubiri no era un pedagogo modélico ni siquiera el expositor ideal de su pensamiento; su lenguaje, de precisión y rigor casi matemáticos, no siempre era exitoso como instrumento de comunicación del mensaje que encierra. Pero ello no impide que para algunos haya sido el extraordinario maestro, ese que todos necesitamos y que habíamos buscado en vano para encontrarlo al fin, aunque fuese ya un poco tarde para algunos. Sólo se puede saber realmente lo que es la filosofía cuando se participa en el inefable espectáculo de ver filosofar en vivo, como hacía Zubiri; puede incluso que su filosofía no siempre fuese la verdadera, pero no me queda el menor rastro de duda de que siempre era *verdadera filosofía*. El vocablo «maestro» goza hoy de un insensato descrédito y busca ser substituído por el mucho más impersonal de «profesor»; pienso, por el contrario, que la solución de muchos de nuestros males intelectuales vendría de una evolución, o involución si se quiere, del profesor al maestro; lo grave es que no hay ninguna receta que garantice ese paso, pero una cultura o una época sin maestros es una de las situaciones más indigentes que pueda darse. Los profesores son siempre por principio substituíbles; los maestros son insustituibles y cuando se ha perdido uno quedan pocas esperanzas de encontrar otro; ello explica ese sentimiento de orfandad intelectual y la profunda pena, mucho más que sentimental, de una pérdida irreparable. Queda el consuelo, sin embargo, de la singular fortuna de haber tenido esa experiencia gracias a la cual nuestra vida intelectual, por mísera que sea, será cualitativamente mejor y nos quedan sus obras que en medio de sus caracteres muertos conservarán siempre un acento personal imborrable.

La carrera del filósofo ha concluído y su obra adquiere esa petrificación definitiva que significa su pervivencia en la historia. El representó un modo desusado de hacer filosofía que probablemente la convierta en patrimonio común de la humanidad. Con ello su obra continúa otra carrera en una nueva dimensión de objetividad transpersonal; esa obra está exigiendo muchos estudios de índole muy diversa que con rigor vayan descubriendo su engranaje intelectual, su contexto, su alcance y su fecundidad.

ANTONIO PINTOR-RAMOS